



Alito y la defensa de la democracia

Por Ulises Ruiz Ortiz

En 2016, poco después del fracaso de Manlio Fabio Beltrones en las elecciones de ese año en las que el PRI perdió los gobiernos de Veracruz, Tamaulipas, Quintana Roo, Durango y Chihuahua, cinco de los doce que estuvieron en juego; denuncié el secuestro del que fue víctima el PRI desde ese entonces por el grupo cercano a Peña Nieto, que impuso a Enrique Ochoa como presidente de ese partido.

Solicité públicamente que el relevo de Beltrones fuera el resultado de un proceso democrático transparente, abierto a la militancia que en ese entonces rebasaba los seis millones de ciudadanos. No fue así, se recurrió a la simulación, a la línea y comenzó a escribirse la historia del declive del partido

que había conducido los destinos de México durante tantos años.

Pero lo de Ochoa Reza no se puede comparar con la imposición burda de *alito* en el 2018 mediante la eliminación de quienes aspirábamos a transformar al PRI en un partido que respondiera a las nuevas realidades del siglo XXI con los famosos candados, como les llaman a los requisitos que hay que cumplir para poder competir, medidos en apoyos de sectores y comités estatales que al obedecer ciegamente los otorgan sólo al elegido y a sus comparsas para asegurar el resultado.

Durante ese proceso presenté ante la FGR una denuncia por enriquecimiento ilícito en contra de *alito* la cual fue archivada incluyéndola entre los acuerdos el grupo de Peña tuvo con AMLO y que en el caso de Moreno Cárdenas llegaron a su fin cuando

éste y su operador en la Cámara de Diputados, Rubén Moreira, a pesar de haber intentado durante meses de conseguir el apoyo la contrarreforma energética, mandando señales contradictorias con jugarretas como el parlamento abierto. A partir entonces *alito* comenzó una nueva ruta para salvar su pellejo cambiando su discurso conciliador frente al gobierno por uno nuevo, cada vez más agresivo que llevó a AMLO a revivir la investigación sobre la tan enorme como inexplicable fortuna construyó el campechano desde el gobierno de Campeche.

Ahora *alito* pretende erigirse en el defensor de la democracia, por la que "está dispuesto a dar la vida". Por favor, él es todo menos un demócrata: llegó al PRI gracias a la línea impuesta por la cúpula peñista; impuso a dirigentes estatales; designó unilateralmente a candidatos a gobiernos estatales; dictó la lista de candidatos a diputados plurinominales federales incluyendo sólo a sus cuates y cuotas; cambió con sus cuates los estatutos de su partido para tener el control de sus órganos de decisión y discusión.

No, *alito* no defiende la democracia. Lo que quiere es impunidad para no pisar la cárcel. La misma impunidad que buscó pretendiendo vender el voto de los legisladores priistas para aprobar las reformas morenistas, que encontró resistencia en algunos legisladores con dignidad que se negaron a acatar sus sugerencias y las instrucciones de Moreira, lo que hizo enojar al tigre del Palacio Nacional.

Cada día crece más el descontento en su contra, por lo que se puede ver en las redes sociales y en las columnas políticas. De insistir en quedarse con el PRI, lo acabará de hundir. Eso lo decidirán los priistas. Pero el futuro de una alianza de oposición con *alito* en el PRI es claramente imposible.

